

Ramón Cote Baraibar

Poema de despedida

Recuerdo que llovía
cuando nos despedimos,

cuando nos dijimos adiós
por última vez,

porque siempre hay una primera vez
en la última vez.

Es una ceremonia un tanto triste
cuando todo termina, porque ya no hay mañana,

porque todo se detiene y el tiempo traza una línea
divisoria entre lo que fue y lo que nunca será.

A partir de ahora sólo hay un cadáver y es el tuyo
y sólo hay un destino y es tu errancia.

Recuerdo que llovía
cuando nos despedimos, cuando nos dijimos adiós.

A mi izquierda las rejas rigurosas
del parque del Retiro marcaban

un ritmo funeral y la avenida
era tan larga que parecía imposible

que no condujera a otro sitio
que no fuera sino a la propia muerte.

Al subirme la chaqueta de cuero
para evitar que las gotas resbalaran por mi nuca,

descubrí que el carro en el que te fuiste
en medio de la tormenta, había dejado

en el asfalto una huella completamente seca,
rectangular, como si fuera un ataúd.

Era, después de todo, el único lugar que la lluvia
no había podido vencer en toda la ciudad.

Esa será la primera señal de su ausencia
me dije mirando desconsolado hacia el pavimento

como cuando se observa el dibujo
que los forenses hacen con tiza

en el lugar del crimen. Pero pensándolo bien,
intentando ver las cosas de otro modo,

ese espacio seco también podría contener una señal
contraria,
algo así como la estrecha playa que le espera

al náufrago. Era, me repetí, al menos un punto de
partida,
una frágil certeza que no alcanzaba a ser

una revelación pero sí un leve indicio
que se abría paso entre los espejismos de la niebla.

Ya entonces la calle tenía hacia el fondo
la suave curvatura del mundo

y hacia allí me fui caminando, dejando atrás
ese ataúd en el asfalto, esas rejas funerales,

ese que fue mi pasado. Recuerdo que llovía
cuando nos despedimos,

cuando nos dijimos adiós
por última vez,

porque siempre hay una primera vez
en la última vez.